

TAMPA y CAYO HUESO

ORACION DE JOSÉ MARTI EN HARDMAN HALL.

NEW YORK, el 17 de Febrero de 1892.

¡CAYO HUESO!
¡Júbilo, mezclado de zozobra, del explorador que
adina bajo la tierra áspera y revuelta el oro puro,
el explorador que anunció el hallazgo á los compa-
ñeros que se iban á medio camino, no puede compara-
rse con el júbilo del que vuelve ante los que le
ayudaron á confiar, con las manos llenas de oro. De
oro sin mancha, porque fuera de aquí no he hallado
una sola mancha, traigo llenas las manos. Y aun
tiemblo de la dicha de haber visto la mayor suma
de virtud que me haya sido dado ver entre los
hombres,—en los hombres de mi patria. Lo que
tengo que decir, antes de que se me apague la voz
y mi corazón cese de latir en este mundo, es que mi
patria posee todas las virtudes necesarias para la con-
quista y el mantenimiento de la libertad. Y si hay
alcalde mayor ó escribiente que lo dude, le enseñaré
aquellas ciudades levantadas en libre discusión por
las fuerzas más variadas y desiguales que sobre la Peña
y las arenas han ido echando la guerra y la miseria
y la dignidad; le enseñaré la casa del pueblo, que
todo el pueblo paga y administra, y donde el pueblo
entero se educa y se reúne; le enseñaré aquellos talle-
res donde los hombres, poniendo la vida real de már-
gen á los libros, practican la política, que es el estudio
de los intereses públicos, en el trabajo que la sana
y la modera, y en la verdad que le pone pie firme;
le enseñaré aquellas casitas sencillas y felices,
con tanta luz y tanta sonrisa y tanta rosa, donde la
recien casada recibe á su trabajador con el niño en
los brazos, y de testigos los libros del estante y los
retratos de los héroes,—aquellas casas que tienen dos
pisos, uno para la familia que trabaja, y otro para los
cubanos desamparados; aquellas familias le enseñaré,
que cuando la tibieza pública deja caer un club pa-
trótico, á la casa se llevan el estandarte, y con la
casa sigue vivo el club; le enseñaré aquellos niños,
sin cuello y sin chaleco, que se abrazan llorando al
viajero desconocido: “¡acuérdate de mí, que quiero
prender!”; le enseñaré aquellos ancianos que die-
ron su fortuna primera, y una fortuna más, y sus hijos
uego, á la idea de ver libre su país, y ya de rodillas
en la tierra que se abre para recibirlos, alzan el cuerpo
del brazo moribundo, y dicen: “¡Te adoro, oh
patria!”

¡Mi alegría es mayor porque el levantamiento ad-
mirable de espíritus que me ha sido dado ver, el ju-
bileo de corazones que se declaró de sí mismo y que
no parece que esté en temple de acabar, el acuerdo
grandioso y conmovedor de los cubanos escarmenta-
dos y libres, no fué la obra de ese entusiasmo pasa-
jero, y á la larga más dañosa que útil, por la persona
única de quien en ocasiones parece depender el
triunfo,—ni fué atraído, con lenta habilidad, por
aquella ambición que va buscándose, en la cautela
de la sombra, amigos personales, y cultiva el poder
asiduamente con la lisonja fina y las mieles del trato—
sino que se mostró, con ocasión de un hombre reco-
gido en sí, en el instante en que el desinterés y saga-
cidad honrada que se le supone, y la obra ancha y
unida que predica, parecen ser las que ordena el país
á los que tratan de salvarlo. ¡Ni una palabra habló
ó escribió el viajero en solicitud, directa ó indirecta,
de esta demostración y convenio de las almas,—ni
una palabra escribirá ó dirá jamás para sostener, por
medio de la discusión ó de la intriga, el crédito que
en él se ha querido poner, no como premio de lo
poco que ha hecho, sino como modo de decirle hasta
donde ha de ir, para que la ignominia sea igual al ho-
nor, si se tuerce ó flaquea antes de acabar la jornada!

¡Y aquel convite de Tampa primero, que fué de
veras como el grito del águila, y aquel sencillo co-
mité del Cayo, que ya á la hora de llegar había prendi-
do en el pueblo todo generoso, y á los pocos instan-
tes, sin el empleo de una sola de las artes usuales
del hombre, era abrazo y ternura de manera que los
que no se hablaban ayer seguían de brazo por la calle
en que se hallaban, y una extraña oratoria poseía,
rebotante y soberbia, la lengua de los hombres, y se
decían los hombres uno á otro hermanos é hijos?
¡Era virtud del hombre silencioso que deja sola á la
verdad, sin calzarla ni empujarla con servicios ó con-
venios ó carteos ó lisonjas, porque si es verdad, sola
se ha de amparar y ha de vencer, y si no es verdad,
no se le debe buscar amparo? ¡Era magia de un
viajero sin fuerzas y sin voz, cuidado ya, como en
anuncio y promesa, con el cariño con que los compa-
ñeros de batalla se atienden en los campamentos? ¡
El adversario mismo venía de amistad, porque volvía á
ver que la guerra de Cuba no tendrá que ser, ni
quiere ser, la obra del odio contra el padre honrado
de hijos cubanos, ni el esposo bueno de la mujer cuba-
na, sino la manera de poner á Cuba en condición de

que pueda en ella vivir feliz el hombre! Y aquellos
rumores de talleres que se engalanaban, de palmeras
que se quedaban sin penacho, de trabajadoras que
deliberaban sobre un tierno presente, de voces nue-
vas que aprendían del abuelo lleno de cicatrices el
saludo de la fe ó la música de la guerra ¿eran tributo,
indigno de quienes lo ofrecían y de quien lo reci-
biese, á un hombre que sólo la poca vida que le resta
puede dar,—y no es de aquellos que se ponen de
pie sobre la patria, ó á espaldas de la patria, á buscar
prosélitos con quienes repartir el poder, como
quien paga intereses de suma recibida, ó cumple con
su parte de contrato,—sino de aquellos que con su
justicia han podido ganar respeto suficiente para ayu-
dar á su patria al triunfo, y quedarse lejos de él, si le
alcanza la vida, cuando para mantenerse llegue la
hora, que en las sociedades de hombres llega siempre,
de las complicidades y de las componendas? No era
el acatamiento bochornoso á un hombre en quien
sólo se aplaudía el levísimo anuncio de aquella fuerza
tenaz de amor, y aquella vigilancia é indulgencia por
donde se podrá salvar definitivamente un país que
aspira á la libertad con una población educada sin
ella; ni la escena amarga de un pueblo que se fia á
un voceador espasmódico, ó á un dueño disimulado:
¡porque cosas tristes puedo yo concebir, pero no he
podido concebir todavía á un cubano abyecto. ¿Los
hay? ¡no los puede haber! ¡y no sé si vale la pena
de vivir, después de que el país donde se nació de-
cida darse un amo!

Era aquel un impulso tan espontáneo de virtud en
un pueblo á quien se supone escaso de ella, que sólo
un político mezquino, teneroso de que la tacha de
vano pudiera dañar los propósitos de su ambición,
hubiera sobrepuesto el interés previsor al deber de
contemplar con respeto y cariño la demostración que
el pueblo hacía de las virtudes que le niegan: ¡sólo
el cobarde se preferirá á su pueblo; y el que lo ama, se
le somete! ¡Mayor hubiera sido el arranque, que en
lo humano no puede ser más; y mayor hubiera sido la
obligación de someterse á él; porque así era más la
prueba que daba el pueblo, en la hora de la necesidad,
de las condiciones de desinterés y concordia y ad-
decimiento y prevision y republicanismo que le
la hora necesaria! ¡Para canijos, le enferma! ¡Y
si se ha de sacrificar el desamor honroso de la
ostentación pública, se le sacrifica, que la vida vale
más y se la sacrifica también! Póngase el nombre
de alfombra de su pueblo!

Yo bien se lo que fué. Yo amo con pasión la dig-
nidad humana. Yo muero del afán de ver á mi
tierra en pie. Yo sufro, como de un crimen, de cada
día que tardamos en enseñarnos todos juntos á ella.
Yo conozco la pujanza que necesitamos para echar
al mar nuestra esclavitud, y sé donde está la pu-
janza. Yo aborrezco la elocuencia inútil. Fué que los
hombres, necesitados del consuelo y justicia que bus-
can en la libertad, saludaban el consuelo y la jus-
ticia en quien no les ha dado hasta hoy prueba al-
guna de buscar su adelanto y provecho en la fatiga
de la patria, sino el adelanto y provecho de todos.
Fué que un pueblo en que el exceso de odio ha
hecho más viva que en pueblo alguno la necesidad
del amor, entiende y proclama que por el amor, sin-
cero y continuo, han de resolverse, y si no, no se han
de resolver,—los problemas que ha anudado el
odio. Fué que el alma cubana, preparada por su
propia naturaleza y por la guerra y por el destierro
para su libre ejercicio en la república, creía recono-
cerse, y así la ocasión de publicarse, en quien no
quiere para su tierra remedos de tierra agena, ni re-
pública de antifaz, sino el orden seguro y la paz
equitativa, por el pleno respeto al ejercicio legítimo
de toda el alma cubana. Fué que las semillas de la
sombra daban flor:—y de sí misma y sin convenios
artificiales,—en los momentos en que la isla española
se desmigaja y derrumba; en los momentos en que
los mismos héroes desconsolados se suelen doler de
la tentativa,—á la vez política y sentimental, que fra-
casó porque no estuvo á nivel de los arranques del
sentimiento la organización de la política; en los mo-
mentos en que los patriotas fantásticos, y de mera
arrancada, pudiesen creer que el alma de Cuba fué
como flor de aroma, que se entreabre un instante, y
se desvaneceluego al viento,—surge, una desde Cayo
Hueso á New York, el alma cubana, libre de los
vicios que parecía incurribles en ella, fuerte con las
virtudes de energía y cautela y concordia que no le
pueden conocer los que en vano la buscan donde el
pensamiento se sienta á la mesa de los boquerones
y de la manzanilla, y el genio mismo tiene que partir
con la desvergüenza el pedazo de pan. Fué que
hemos cumplido la promesa que en los doce años de

labor veníamos empeñando al país, que hemos vige-
lado desde la oscuridad, que hemos deshecho y re-
hecho, que hemos purgado y renovado, y cuando la
patria, á despecho de sus agoreros, se palpa el corazón,
cualesquiera que sean las llagas del cuerpo y el corte
del vestido, el corazón está sano!

En la niñez, cuando le nace al corazón ingenuo la
flor primera de la maravilla, y la educación necia nos
aparta, en Cuba como en todas partes, de la joyería
viva del jardín, y el templo grave y solemne de la
naturaleza, póstrase el alma de admiración y poesía
al oír en la iglesia, que rehuirá después, resonar,
por entre las arañas que remedan los lumineros del
cielo, y las cortinas que imitan los caprichos que
borda en las nubes el sol, las notas que parecen cer-
narse por las naves pomposas como bandadas de
almas. Y el viajero sorprendido por la puesta de la
luz en la cumbre del monte, olvida atónito un mo-
mento el afán y el pecado de la vida, y rodeado de
llamas se sumerge en el himno glorioso de la natura-
leza:—¡pues digo que jamás tuve un goce tan puro,
y de tan íntima majestad, como entre los míos, entre
mis cubanos, entre mis guerreros y mis ancianos y mis
trabajadores:—jamás, ni en la iglesia de niño, ni en
la cumbre del monte!

La madrugada iba ya á ser—¡bien lo recuerdo!—
cuando el tren que llevaba á un hombre invencible,
porque no lo ha abandonado jamás la fé en la virtud
de su país, arribó, bajo lluvia tenaz, á la estación
donde le dió la mano, como si le diera el alma, un
amigo,—nuevo y ya inolvidable,—que descansó junto
al arroyo al lado de Gutierrez, que oyó á Joaquín
Palma en las veladas de la selva, que montó á caballo
al lado de Castillo. No se hablaban los hombres, de
tanto como se decían. La casa de la patria estaba
hinchada de leales. Ceñían las columnas embande-
radas orlas de pinos nuevos. Lució el sol, y con él el
amor inusitado, los conocimientos súbitos, el deleite
de verse juntos en el amanecer de la época nueva,
el orgullo de mostrar y de ver la familia dichosa,—
el liceo con sus lujos—el consejero que va y viene,
poniendo bálsamo donde quiera que ve herida, y libros
y periódicos y lecciones en la mesa atenta del traba-
jador,—el orador que arranca á su grandiosa natural la
elocuencia más fiera y entrañable que puede oír la
tribuna;—el médico que olvida, en la casa que con
su labor le compró á su compañera, la pompa de
París;—el petimetre redimido que enseña con orgullo,
en el respeto de todos y en su hogar holgado, su obra
fuerte de hombre;—el artesano elegante y caballe-
resco, fuente de amor y ejemplo de la juventud,
que estuviera bien en la más pulcra sala;—el guerril-
lero de poco hablar, fuerte por la bondad y por el brazo,
que con la mano que guió al potro por los bosques
lleva á sus hijos, camino del trabajo, á la mejor es-
cuela;—el criollo enamorado, verboso y meliflúo,
que se da entero á los que acatan la justicia, y se re-
suelve temible contra los que la niegan;—el niño
que va, vestido como de fiesta, á la mesa del oficio,
donde asoma entre el cuchillo y los recortes, la
poesía que acaba de hacer, ó su libro de cuentos,
ó su libro de física;—y la anciana del taller, que
del trabajo de sus manos sustenta en los castillos
á los presos de la patria, y en el hospital á sus enfer-
mos, y con la pluma elocuentísima flagela ó aconseja,
como modo de descansar, á los que le parece que
no le aman la patria según se debe, desde aquel
cuarto blanco suyo con la mesita de pino, y las corti-
nas como de novia cuidadosa y el vaso lleno siempre
de madreselvas. ¿Hubo en Tampa disensiones algún
día, ó modos diversos de pensar sobre la urgencia de
levantarse al fin, con un espíritu y un brazo, todos los
que quieren ordenar con tiempo la salvación del país?
¡Lo que sé es que en tres días de belleza moral
inmaculada no se vió mano encogida, ni reserva en-
conosa, ni celos de capitanes ni aquellos comercios
abominables que suele ofrecer el patriotismo puro el
anhelo de la autoridad,—sino fiesta increíble, en
que se fundían los hombres! Y cuando el viajero,
con aquella grandeza ennoblecida, volvió los ojos al
decir adiós, los ojos inseguros, ni campos diversos ni
rivales ni perezosos ni descarriados vió, sino un pue-
blo, sembrado de antorchas, detrás de la bandera
única de la patria!

La tarde era—bien lo recuerdo—cuando un vapor,
engalanado por el respeto extranjero, que sabe á
veces más del porvenir que el respeto propio, iba
serenando sobre el mar azul la marcha que lo acer-
caba á un muelle rebosante. De oro era el aire, y
chispeaban, como combatiéndose, los rayos de sol.
¿Y es de otros aquella isla, labrada y hermozada por
el esfuerzo cubano? ¿Y no cargaremos con ella,
como nuestra alma invencible que ha sido, y nos

clavaremos al costado, para monumento de sus funda-
dores, y objeto de nuestra justa admiración? Ni
mucetas ni diplomas me admiran tanto como el
poder de crear, con los retazos de un pueblo des-
amado y de siervos que fué echando la casualidad
sobre la roca, un pueblo que pecho á pecho hizo
mar el crimen con que lo envenenaban, y levantó su
ayuda ni modelo, donde los que le hubieran podido
servir de ejemplo nada habían levantado, la casa de
trabajo en que viven en paz, con la franqueza y
energía del pecho libre, los hombres de raza y de ocu-
paciones diferentes que un sistema de odio, más en-
diosamente para esclavos. Pero ¿era sólo á aquella
fiesta, adonde iba el viajero,—¿era sólo á aquella
vecinas, donde los muertos desfilaban, cuando se veía
el caballo...? Por el portón de la casa, henchido
de cabezas, salía el estandarte patrio.

Y al día siguiente, entró un viajero enfermo un patriarca
podía verse sin deseos de morir. Se distingue en la paz por su
guerra brilló por el valor, y sabe lo que es quebrar, ni des-
va á la patria: y en nombre
ranos del lugar, ni á discor-
reparos dijeron que venían, sino
boca sentenciosa del anciano, que
alma entre los cubanos que
país. ¡Ya no habla el que
están solos los robles de su ca-
la gloria sobre la sepultura!

...Abrieron los brazos al re-
por el puntillo humano, ó por lo
la distancia, ó por los desvíos q
imprevisora, la época anterior,
á mero convidado de un grupo
ó al transeúnte pedantesco que
viera de los padres gloriosos de
que de Tampa arrancó, y allí
en una hoja de yerba ó en un
Cuba irá á terminar! “Yo
decía en junta solemne un
frutos de su comercio le pon
y en las batallas de la vida
adolescencia heroica, “yo
grama que firmamos está la ind
Y el pobre y el rico, y el cuba
el cubano de padres europeos
de la guerra y el periodista
ción, y el que cree bien las se
cree que de otro modo estaría
pedían poner la firma al prog
banos, de los cubanos de ayer
cubanos de ayer y de mañana
ran ó maltratan de buena fe
mente de sus errores: y procl
en una vida ya larga de labor
hombres reales y de propio pos
dosy de voluntad poco llevar
á la reverencia y ternura
junta de cubanos. Aun la ter
con ella á los que creen
cubana hay como un dueno
peregrina y añolla composici
todas las malas prendas y s
los que por ignorancia sup
renne del hombre, ó carenc
que pone el juicio en la pen
por tacha ingénita del caract
cultad que los hombres en t
para avenir sus ideales y p
vieron, en sus tres días de la
trictos donde,—al discutir lib
días de coronar en el país la
organizar á los cubanos en
acción energética, secreta y resp
partidos ejecutivos de guerra
partidos deliberantes de paz
revolucionarias de manera
ajusten á su composición
tribuya en relación est
en un código revol
cresca, cuantas re
desconfianza ó pa
no se levantó
la palabra re
liberaciones bu
llos hombres
pondrá que
vió cre
guerra
—

á quien no iba á poner la mano en ella, y los congregados en pié, como cuando lo sublime pasa!

¿Y cómo recordará la gratitud, cómo podrá recordar la reverencia, sin que parezca exageración ó vanagloria, aquel día patrio que duró cuatro días, aquel triunfo de la idea nueva entre pabellones y entre palmas, aquel paseo del convidado de la juventud por la academia de los talleres, y los nidos felices de nuestro trabajo, y la casa de los huérfanos y de las viudas de la patria? ¿Cómo podrá el convidado, sin parecer lisonjero, decir, donde no se oiga, que le acompañó, en aquella cohorte de jóvenes, todo el mérito humano; que el ojo triste y sagaz de quien conoce los bastidores de la vida, y los titeres de la virtud, no pudo descubrir, en días en que iban las almas desarmadas y desnudas, un ápice siquiera de la pasión de mando ó de notoriedad, rayana á veces en el mismo crimen, que suele cabecear disimulada bajo los impetus simpáticos del patriotismo? Vacíase unos en otros, como los metales afines que van ligando la joya en el crisol, fué, en competencia donde todos fueron vencedores, el afán de aquella juventud apostólica, de aquellos médicos frustrados que de la universidad tiránica de la colonia subieron de estudios, á la universidad más cierta de la vida; de aquellos letrados en ciernes que, por la picadura de la dignidad, prefirieron al bufete exangüe de los dominadores la mesa viril donde no mancha el pan la mentira ni el soborno; de aquellos graduados del taller, lectores asiduos de historia y de filosofía, que en el correr de la velada, sin el tocado de la preparación ni los avalorios y moños de la conferencia, discurren, como en ateneo de verdades, sobre el derecho y la belleza por donde el mundo es bueno, y los planes y modos por donde el hombre aspira á mejorarlo. Una hoguera y un juramento es toda aquella juventud, no criada como otra á alpiste ageno, sino al valiente esfuerzo de su brazo. ¡El trastorno y poder de la batalla embellecían á la cohorte impaciente, cuando detrás de la bandera misteriosa que asomó sin cesar en los manos de un niño, detrás del caballo de aviso, negro como la cerrazón del cielo y con la plata del armés echando luz, acudía con el viajero enamorado á los talleres á que el concurso religioso, en las galas todas de la más fina cultura, daba elegancia y aire de liceo! ¡El trabajo: ése es el pié del libro! La juventud, humillada la cabeza, oía piafante, como una orden de combatir, los entrañables aplausos! ¡Uno eran las banderas y las palmas y el gentío! Niñas allí, con rosas en las manos; mozos, ansiosos; las madres, levantando á sus hijos; los viejos, llorando á hilos, con sus caras curtidas. Iba el alma y venía, como pujante marejada. ¡Patria, la mar se hincha...! La tribuna, avanzada de la libertad, se alzaba de entre las cabezas, orlada por los retratos de los héroes. Rifles que vibran pelca deban guardia al camagüeyano que no muere: ¡allí era otra vez su palabra gigantesca, aquella que tenía él cuando arengaba á sus soldados, con el bosque de escenario y de tribuna los estribos: allí era otra vez, en los labios de todos, su consejo de ordenar, y su vehemente censura del delito de impedir,—con los pretextos familiares á aquel patriotismo tan semejante á la traición,—la guía sana y enérgica de la libertad, y el arranque seguro de sus fuerzas todas, que sólo combaten los que en el sagrado de la patria buscan, ántes que el bien público y el decoro del hombre, su autoridad ó su provecho. ¡Bandera fué el pueblo entero, por donde una calle y otra vió la comitiva á los niños blancos y negros apiñados á la puerta de la escuela, cuando rendida el alma de dicha patriótica, iba camino del último taller, tras la bandera, en las manos del niño misterioso, tras el caballo, que parecía preferir el rumbo de la mar!

No en sí pensaba, en Tampa ni en Cayo Hueso el viajero feliz, aunque lo rindiase la dicha del agradecimiento, ni tomaba aquellas festividades como

mérito propio y cúspide de su fortuna; sino como anuncio de lo que puede ser el alma cubana cuando el amor la inspira y guía. Ni le escondía aquel pórico embanderado el camino de tinieblas que han de poblar los ayes que acompañan, en el misterio materno, el nacimiento de la libertad. Ni en escarceos indignos oratorios iba pensando aquél que á cada paso era sorprendido por tales pruebas de la grandeza del corazón de su país, que á la oratoria más osada hicieran enmudecer, y á la más peripuesta le hubieran aventado los perejiles, y solo dejaban paso á un silencio que caía sobre los hombros como una investidura. ¡La armadura se veía bajar del cielo, y el ritual lo leía la patria en la sombra, y las mujeres volvían á dar al hombre la caballería, y juraba el hombre llevar mientras viviese el acero cosido á la muñeca, el acero de que se fabrican á la vez las plumas y las espadas! Ni de nada hubiesen valido las oratorias aprendidas, ni aquellas frases bataneadas y traspuestas, y redondas á fuerza de fuelle, con que los narcisos de la elocuencia se encaran con los rivales y emociones comunes: porque á aquellos tablados del taller, alzados á porfía con las dádivas sobrantes de los obreros entusiastas, y clavados por sus manos trabajadoras — como símbolo de que la tribuna de la verdad se mantendrá siempre, cuando todas las demás tribunas caigan, por la fuerza y la fé de los hijos del trabajo; á aquellos tablados prendidos con los colores de nuestro corazón por las compañeras que no nos echan en cara las virtudes que prefieren á la comodidad sin la honra; á aquellos tablados subían, con la luz del instante, y un discurso como ungido y angélico, los hombres que han adornado, con cultura que pocos les conocen, la sana verdad que descubren por sí en los ajustes y durezas de la vida, y sale fluyendo de sus labios en estrofas de límpida hermosura, en imágenes nuevas y felices, en ideas sagaces y esenciales, y en torrentes de aquella hermandad que no he de sufrir que nadie me le niegue á la ejemplar alma cubana. ¡Otros hablen de castas y de odios, que yo no oí en aquellos talleres sino la elocuencia que funda los pueblos, y enciende y mejora las almas, y escala las alturas y rellena los fosos, y adorna las academias y los parlamentos! Esos han sido los comicios verdaderos, y no otros falsos á donde iban nuestros compatriotas, de medio corazón, á la batalla inútil. Esa es la liza diaria y libre donde ha continuado cumpliéndose, — aunque no quieran verlo los que miran demasiado en sí, ó han vivido donde no está la verdad, ó tachan de vano cuanto no les place, ó por inveterada hinchazón propia no hallan espacio en el mundo para lo ageno, — aquella concordia creciente de nuestros factores burdos y hostiles que en la guerra útil é indispensable se comenzaron á fundir, y han continuado conociéndose y apretándose en la miseria bajo la tiranía, y en la fatiga creadora del destierro. Los pueblos, como los volcanes, se labran en la sombra, donde solo ciertos ojos los ven; y en un día brotan hechos, coronados de fuego y con los flancos jadeantes, y arrastran á la cumbre á los disertos y apacibles de este mundo, que niegan todo lo que no desean, y no saben del volcan hasta que no lo tienen encima. ¡Lo mejor es estar en las entrañas, y subir con él!

En las entrañas es donde he oído paipitar ese corazón de amor que manaba grandezas y ternuras por los labios de aquellos que en el dolor de la vida hubieran podido aprender, si no llevaran en sí la majestad é independencia de cubanos que llevan, aquellos odios de rincón con que el hombre en los países menos generosos y altivos, de pone, por los problemas menores de su oficio, su autoridad y obligación en la tarea de edificar y mantener el pueblo que á todos los contiene, y á todos los aflige con su ruina ó con su abundancia los sustenta. ¡Caballeros de la verdad y la palabra humana, y casacas de la virtud, y magníficos cuelliparados del patriotismo eran

aquellos hombres, de cuello alto ó bajo, que de la tribuna se asían como de su dominio natural, y proclamaban en ella que la política, ó modo de hacer felices á los pueblos, es el deber y el interés primero de quien aspira á ser feliz, y entiende que no lo puede ni merecer quien no contribuya á la felicidad de los demás; que la política, ó arte de ordenar los elementos de un pueblo para la victoria, es la primer necesidad de las guerras que quieren vencer: y las que no quieren vencer, sino corretear y rendirse, ésas no lleven plan ni espíritu, que es no llevar política. Proclaman que en la casa de la patria, ni el derecho se ha de mermar, ni se ha de exagerar, y que, por la nobleza peculiar criolla, y aquella alma común que crían los hombres en lo verdadero de la vida, estarán juntos en la hora del sosiego los que juntos se han defendido de la tempestad. Eran brazos abiertos las palabras aquellas; y la elocuencia, aún en los labios vírgenes, era profecía y unción. Se derramaban las almas, y en los corazones de los cubanos presidía, como preside su efigie la escuela y el hogar, aquel que supo echar semilla ántes que ponerse á cortar hojas, aquel que habló para encender y predicó la panacea de la piedad, aquel maestro de ojos hondos que redujo á las formas de su tiempo, con sacrificio insigne y no bien entendido aún, la soberbia alma criolla que le ponía la mano á temblar á cada injuria patria, y le inundaba de fuego mal sujeto la pupila húmeda de ternura. ¡Yo no ví casa ni tribuna, en el Cayo ni en Tampa, sin el retrato de José de la Luz y Caballero!... Otros amen a ira y la tiranía. El cubano es capaz del amor, que hace perdurable la libertad.

A mí, demagogo me podrán decir, porque—sin miedo á los demagogos verdaderos, que son los que se niegan á reconocer la virtud de unos por halagar la soberbia de otros—creo á mí pueblo capaz de construir sobre los restos de una mala colonia una buena república. Demagogo me podrán decir un felino cualquiera, ó cualquier alma alquilona, de esas que no va y viene sino donde hay gala y reparto; porque es moda, del enemigo sin duda, tachar de demagogo á quien procure, por la unión y el roce libre de todas sus fuerzas, señalar á la patria de la demagogia verdadera, de los oportunistas que pululan entre los pobres como entre los ricos, de los segundos, brillantes ó rastroseros, que se pasan la vida de salario, y gustan más de la compañía de quien lo paga que de la de quien lo gana. Quien crea, ama al que crea: y sólo desdeña á los demás quien en el conocimiento de sí halla razón para desdeñarse á sí propio. Demagogo me digan, que Madrid y nuestros mirloneños algo han de decir; pero público que allí he visto al que vende de mañana sus lencerías, guiando el carro de su comercio por las calles alegres, citar de puerta en puerta, con los ojos de creador, para la junta donde se ha de defender una libertad, ó para la fiesta donde van á espantar el ánimo los obreros y los que los emplean — al que recibe en sus brazos el cadáver del amigo, y se lleva á su hogar al padre solo, y lo mimaba ó venera como a padre, — al que al a mesa del taller enrolla la hoja del tabaco, y escribe versos próceres, ó párrafos de fuego y pedrería, en la mesa augusta de su casa; — al que lee á los obreros, de patria y de moderación, á la hora del oficio, con voz que ni lisonjea ni se vende, y cierra el libro ageno para leer del propio suyo, de la majestad silenciosa de su vida oscura, con oratoria que es llama y sentencia, y patriotismo caldeado á hierro blanco; — el artesano endeble, niño aún de cabeza apolinea, que sube á la tribuna, y baja con la gloria; — al mozo de la universidad y la riqueza, á quien el padre, al caer por su país, legó la casa desamparada, la casa criolla de toda la familia, y con los libros de almohada, y la casa del brazo, se vino al decoro del destierro á levantar su tienda de trabajador; — á la enfermera de la guerra, aun no cansada de curar, que va á ver al enfermo forastero con el chal

que le ganó el hijo en el último ataque, blanco el vestido como la niñez de su alma, y el chal azul; — al bravo de diez años que en la fiesta, toda de luz, conque honra á la visita, muestra orgulloso la casa de sus esfuerzos, que por dentro y por fuera no es más que un jardín, habla de la abundancia de su pecho, como fino orador, y llama al coro del piano á los ocho hijos, que cantan la música de guerra que compuso el padre: ¡y si se olvida una estrofa, la apunta la madre impaciente, que estuvo en la guerra los diez años! — ¡El niño levanta al cielo el clarín en que lo ensaya el padre, y la mujer de Cuba no ha olvidado todavía el modo de ceñir el machete á su esposo, en la casa de palmas! Unos chocan las copas, en el último espasmo del festín: ¡y otros las rompen! ¡Demagogo me digan; pero yo vengo de ver, en la ciudad que nuestros años cubrieron con todos los vicios de la servidumbre, la práctica arraigada y continua de todas las virtudes indispensables para la fundación y el goce de la libertad!

Para proclamarlo estamos aquí, porque desde la angustia del país es necesario que se vea por donde vienen, y de qué luz se guían, los que están de marcha; ¡de marcha final! para rescatarlo. Para eso estamos aquí, y para decir que le cumplimos á la patria lo que le teníamos ofrecido, y que en la hora en que las fuerzas disueltas que luchan fuera de la realidad echan las manos al cielo, y se entran despavoridas por los bosques, los bosques no estarán solos, porque nosotros los tendremos poblados!

Vano sería el júbilo evangélico que parece poseer, como por consejo superior á la mera prevision del hombre, á los que anhelan con el espíritu puro la dicha de la patria; vana sería la capacidad criolla para levantar en arenas y peñones asilo digno del ideal recobrado ya de sus primeras heridas, y pronto á bregar sin rencor con los obstáculos de afuera y con los que la historia inevitable le pone en sí; vano sería este encendido amor del corazón cubano que, por la armonía y abundancia con que se reflejan en él las de nuestra naturaleza, une en concordia las corrientes que suelen ir apartadas ó encontradas en los hombres: porque ni el júbilo del deseo, ni la viveza de la inteligencia, ni la bondad del alma son fuerzas bastantes para aspirar con éxito á la formación de un pueblo, — sino la capacidad de ordenar á tiempo los elementos indispensables para la victoria.

¡Y el vapor embanderado, y los talleres henchidos, y los enemigos que se abrazan, y el caballo caracolador, serían mera espuma de mar muerto, últimos restos de un naufragio ilustre, si hoy que viene el aviso de nuestras entrañas y baja la voz de lo que está por encima de nuestras cabezas; hoy que algo nos empuja á unos en brazos de otros, como cuando avisa la centinela, y los valientes de ciudades corren á las armas; hoy que como en un momento histórico se arrojan todas las pequeñeces de la preparación, todas las debilidades del aislamiento, todas las reservas de la antipatía, todas las diferencias de la distancia, y por un fuego ruminador se funden y consumen, para que no se vea de lejos más que la llamada, — ¿usaremos nuestra libertad para disponer con tiempo y grandeza el modo de servir á la patria infeliz, ó mereceremos el estigma de la historia por no haber unido nuestras fuerzas con el empuje necesario para salvarlas? ¡Estas citas que nos estamos dando á un tiempo, este abrazo de los hombres que ayer no se conocían, esta miel de ternura y arrebató místico en que se están como derritiendo los corazones, y este arranque brioso de las virtudes más difíciles, que hacen apetecible y envidiable el nombre de cubano, dicen que hemos juntado á tiempo nuestras fuerzas, que en Tampa aletea el águila, y en Cayo Hueso brilla el sol, y en New York da luz la nieve, — y que la historia no nos ha de declarar culpables!

Suplemento al Número 1 14 de marzo de 1892



Títulos en este número

De José Martí

Tampa y Cayo Hueso. Oración de José Martí en Hardman Hall New York, el 17 de febrero de 1892 IV, 293-306